

Albert Camus. Una juventud inolvidable

EN Albert Camus. An unforgettable youth

Luis Bodelón

<https://dx.doi.org/10.5209/esim.106166>

“Entregarse sólo tiene sentido cuando uno se posee. De lo contrario, no es más que una forma de escapar a la propia miseria. Nadie puede dar más de lo que tiene. Ser dueño de uno mismo antes de rendirse”.

Albert Camus

“Un nacimiento y una muerte, y entre los dos, la belleza y la melancolía”, escribe Camus en su diario (*Carnets*) en marzo de 1940. Y, poco antes, en 1939: “Tengo 26 años, una vida, y sé lo que quiero”.

Pero, ¿es esto cierto? ¿Puede uno estar seguro de qué es lo que quiere?: “Quiero ser lo que la vida hace de mí y no hacer de mi vida una experiencia. Soy yo la experiencia y es la vida la que me forma y dirige”, apunta para uno de sus personajes, en *Carnets*, en septiembre de 1937, y, matizando esa idea, dos años antes, en 1935: “Vanidad de la palabra experiencia. La experiencia no es experimental. No se la provoca, se la sufre. Más bien paciencia que experiencia. Esperamos con paciencia, mejor dicho, padecemos. Muy práctico, al salir de la experiencia, no se es sabio, se es experto. ¿Pero en qué?”.

Esta pregunta parecería que sólo puede responderla la vida: en este caso, la de Albert Camus, nacido un 7 de noviembre de 1913 en Mondovi, provincia de Constantina, Argelia, en el norte de África, junto al Mediterráneo, el mar que han cruzado egipcios, fenicios, persas, griegos, cartagineses, romanos, vándalos, árabes, turcos. (O venecianos, españoles, franceses, ingleses...).

Crecí en el mar y la pobreza me fue fastuosa; luego perdí el mar y entonces todos los lujos me parecieron grises, la miseria intolerable”, escribe en 1953 (*En el mar. Diario de a bordo*). Y cinco años después, en el prefacio para la reedición de *El revés y el derecho*: “Fui colocado a media distancia de la miseria y el sol. La miseria me impidió creer que todo está bien bajo el sol y en la historia; el sol me enseñó que la historia no es todo.

Sol, historia, miseria. Tres puntos que se cruzan y un carácter que los une, coherente, fuerte, hijo de madre española y de padre francés. Hereda, por un lado, cierta “castellanía” como él recuerda, “que me ha dañado bastante, de la que se burla con razón mi amigo y maestro Jean Grenier, y que intenté corregir en vano hasta que comprendí que también había una fatalidad en las naturalezas. Entonces era mejor aceptar el orgullo que uno tenía y procurar hacerlo servir para algo, antes que imponerse, como dice Chamfort, principios más fuertes que el propio carácter”. A esa “castillanerie” alta, apasionada a veces, se une, por el lado paterno, la conciencia mesurada y aguda, auto-crítica, del pueblo de Montaigne y Descartes.

Después de haberme estudiado –indica Camus en el prefacio citado–, puedo dar testimonio de que, entre mis numerosas debilidades, nunca tuve el defecto más difundido entre nosotros, quiero decir la envidia, verdadero cáncer de las sociedades y de las doctrinas. El mérito de esta feliz inmunidad no me pertenece. Se lo debo en primer término a los míos, quienes, careciendo casi de todo, no envidiaban nada. Con sólo el silencio, la reserva, el orgullo natural y sobrio, esa familia que ni siquiera sabía leer, me dio entonces las más elevadas lecciones, esas que duran siempre. Y luego yo mismo estuve demasiado ocupado en sentir para pensar en otra cosa.

Sentir... Y hay que recordar tardes, noches y mañanas de un niño, un adolescente, que ha perdido a su padre en 1914, en el Este de Francia:

En el Marne le abrieron el cráneo. Ciego y agonizante durante una semana: inscrito su nombre en el monumento de los muertos de su comuna”, recordará el hijo en su primer libro: “Había muerto en el campo del honor,

como se dice. En un buen lugar del cuarto pueden verse en un marco dorado la cruz de guerra y la medalla militar. Desde el hospital habían enviado aún a la viuda un fragmento de granada encontrado entre las carnes del muerto. La viuda lo guardaba" (*El revés y el derecho*, 1936). Y, respecto a Bel-Court (hoy Sidi M 'Hamed), el barrio de Argel donde ha vivido con su madre:

Pienso en un niño que vivió en un barrio pobre. ¡Aquel barrio, aquella casa! Era de un piso y las escaleras no estaban iluminadas. Aún ahora, después de largos años, él podría volver allí en plena noche. Sabe que subiría por la escalera a toda velocidad sin tropezar una sola vez. Hasta el cuerpo tiene impregnado de aquella casa. Las piernas conservan en ellas la medida exacta de la altura de los escalones; la mano, el horror instintivo, nunca vencido, de la barandilla de la escalera. Y era por las cucarachas.

En los atardeceres de verano, los obreros salen al balcón. En la casa de aquel niño había sólo una ventanita muy pequeña. Bajaban entonces sillas al frente de la casa y allí gozaban de la tarde. Estaba la calle, los vendedores de helados al lado, los cafés enfrente, y ruidos de chicos que corrían de puerta en puerta.

Son los años de la Escuela Primaria, del Liceo, de su afición a jugar al fútbol, a correr (se inscribirá en el Racing Club de la Universidad de Argel). De acudir en solitario, de vez en cuando, a la playa del Arsenal (hoy inexistente debido a las ampliaciones del puerto) y recitar allí poemas "con un guijarro en la boca, como había oído decir que hacía antiguamente Demóstenes" (recuerda Herbert R. Lottmann en su biografía sobre Albert Camus). O de ir y venir por el borde de la calle Lyon (que era también carretera nacional) dirigiéndose al cine, o a casa, o al puerto.

Los amigos llaman a Albert, a veces Bébert, (es la época del instituto). Y está Bel-Court, ese curioso barrio habitado por una mayoría francesa –aunque puede haber una parte española, judía, italiana–, donde la vida es de los pobres y de los que trabajan duro, justo al lado del barrio musulmán de Maraboutt (llamado así en recuerdo de un santón islámico enterrado allí en el siglo XIII).

Era la época –leemos en la biografía de Lottmann– de las batas negras y de los trajes de marinero que por aquel entonces se llamaban Jean Bart. Los maestros pegaban sobre su mesa con una regla de madera para llamar al orden; llegado el caso, los golpes con la regla podían, asimismo, servir como medida de disciplina. Por las ventanas de la clase los chicos oían los martillazos rítmicos de los toneleros y el silbido de las locomotoras en las vías férreas que separaban la Escuela de la playa, a unos centenares de metros. Ruidos producidos por los padres, tíos y primos de los colegiales, llamadas de los vendedores en el mercado, martillazos y sierras de los carpinteros, ruidos de las calderas del taller de reparación ferroviaria, de las fábricas de cemento y de las fábricas de cerillas de Bel-Court.

En efecto, el tío materno de Albert es tonelero (y con él trabajará, esporádicamente, algún verano, el adolescente Camus). Y queda, todavía, una educación, imborrable, la que viene del sol y del mar:

"En Argel no se dice tomar un baño, sino zurrarse un baño. No insistamos. Se baña uno en el puerto y se va luego a reposarse sobre las boyas. Cuando se pasa cerca de una boyas, en la que se ha instalado ya una linda chica, se grita a los camaradas: «¡Os digo que es una gaviota!» Son sanas alegrías". Escribirá, después, en Bodas (1937), Albert Camus. Veinte años más tarde la misma voz continúa fiel a su naturaleza mediterránea:

En el mundo se encuentran muchas injusticias, pero hay una de la que nunca se habla, que es la injusticia del clima... Nacido pobre, en un barrio obrero, sin embargo yo no sabía lo que era la verdadera desdicha antes de conocer nuestros fríos suburbios... los horribles suburbios de nuestras ciudades... Ni siquiera la extrema miseria árabe puede compararse con aquélla, por la diferencia de los cielos". Y es que: "En África, el mar y el sol no cuestan nada. (*El revés y el derecho*, prefacio de 1958).

Son, pues, varias las escuelas que salen al encuentro del joven Camus: familia, juegos, compañeros, estudios, deporte, naturaleza, el mismo Bel-Court... Y también el trabajo: revendedor de accesorios para automóviles, mensajero en una agencia marítima, oficinista en la prefectura, clases particulares, meteorólogo... Empleos ocasionales que van perfilando, por contraste, su decisión de escribir:

Otros escriben por sensaciones diferidas y cada decepción de su vida se les convierte en una obra de arte, mentira tejida de las mentiras de su vida. Pero, en mi caso, es de mis dichas de donde saldrán mis escritos. Aún en lo que tendrán de cruel. Tengo que escribir como tengo que nadar, porque mi cuerpo lo exige. (*Carnets. Enero de 1936*).

Al expresarse así –en uno de sus personajes–, Albert Camus tiene ya 23 años y es un joven bastante comprometido. Afiliado, brevemente, al partido comunista desde 1935, un año después de su primer matrimonio, termina su licenciatura de filosofía en aquel año y a la vez, con otros amigos, inicia la andadura del Teatro del Trabajo, luego también llamado Teatro del Equipo, grupo de amigos y amantes del teatro que ayuda a Camus a desarrollar sus cualidades como autor, director, actor incluso, con adaptaciones de Malraux, Dostoevsky... y creaciones propias.

¿Escritor, actor, filósofo, marido, político de izquierda? ¿Qué quiere ser Albert Camus? Poco a poco estas facetas, que responden todas a una misma mirada, van a decidir su dirección y concentrar su fuerza.

En cuanto a escribir, está claro: "No se piensa sino por imágenes. Si quieras ser filósofo escribe novelas", apunta en *Carnets* en enero de 1936, este joven que ha terminado su 4º Certificado de Licenciatura y que prepara ahora su diploma en estudios superiores con un trabajo sobre Plotino y San Agustín.

Los cuadernos –*cahiers*– (*Carnets* es nombre dado por los editores) confirman con abundantes notas el tiempo dedicado por Camus a *La muerte feliz*, su primera novela –no publicada– que es antecedente directo, casi primer borrador, de *El extranjero*, pues el escritor retomará no sólo el mismo personaje central –un condenado a muerte– sino situaciones y personajes concebidos, en su momento, para *La muerte feliz*.

Otra cosa es preguntarse por qué en casi toda la primera etapa creativa de Camus es tan importante la conciencia de la muerte: desde *El revés y el derecho* (escrito en 1935-1936), *Bodas* (1936-37), *Calígula* (1938), *El extranjero* (1939-40) y *El mito de Sísifo* (1941), a *El malentendido* (1942-43), *La Peste* (1941-46) y *El estado de sitio* (1948), casi todas son obras donde, con diferentes matices, se resuelven posturas, desde la vida, ante la muerte.

¿Quiere quizá Camus aprender a morir a la vez que a vivir? ¿Le empuja una lucidez desesperada en esta empresa? ¿Por qué un joven de 25 años se decide a emprender un proyecto con estas características?:

Obra filosófica; el absurdo.

Obra literaria: fuerza, amor y muerte bajo el signo de la conquista.

Mezclar los dos géneros en las dos, respetando el tono particular.

Escribir algún día un libro que dará el sentido.

Y sobre esa tensión, la impasibilidad. Despreciar la comparación. (*Carnets*, mayo de 1938).

Este programa, que Camus realizará cumplidamente, nos arroja –para ser comprendido– por un lado a la época, a la que este hombre joven sabrá tratar de tú a tú, en su terreno, con el mismo lenguaje, duro y claro, que ella –a veces suave– emplea; y, por otro lado, a la propia circunstancia del joven Albert –Bébert– que durante el verano y el invierno de 1930, con 17 años, aún adolescente, sufre las primeras manifestaciones de tuberculosis en el pulmón derecho, tosiendo y escupiendo sangre. Como apunta Herbert R. Lottmann al describir este episodio: "La vida tal como la conocía parecía llegar a su fin cuando tenía que haber comenzado".

Una circunstancia vital –y mortal– que incide dramáticamente en una biografía que, por naturaleza, observadora, luchadora, sencilla, honesta, deberá de hacer frente, a partir de ahora, a las puertas de la edad adulta, a varias enfermedades: la propia suya y las de la época.

"La psicología es acción, no contemplación de sí mismo", escribe Camus siete años después (*Carnets*, mayo, 1937) dando cuenta de una experiencia singularmente lúcida en los dos aspectos: la contemplación y la acción, y, en consecuencia, la responsabilidad ante uno mismo, ante el mundo.

En ese sentido pueden entenderse la locura de *Calígula*, la extranjería de *Mersault*, el absurdo de *Sísifo*, la medicina de *Rieux*, y, en realidad, todo la obra posterior de Camus: desde *El Hombre rebelde* a *La caída* –pasando por la etapa en *Combat*, la revista de la Resistencia francesa contra el invasor nazi, o los artículos sobre la guerra de independencia de la Argelia francesa– como sucesivos exámenes de una situación: el ser humano, los seres humanos, el tiempo personal, el tiempo histórico.

Así también *Le premier homme* –"El primer hombre"– cuya inmersión en la intimidad desborda, sin embargo, rotundamente lo novelesco y se convierte en autobiografía, testimonio, recuerdo... y el mejor regalo –y testamento– que pudo hacernos Albert Camus al invocar su amor a la vida y el reconocimiento a los suyos: madre, abuela, tío materno... O familiares, amigos, enseñanza, maestro, escuela... Y también, la ciudad de Argel, sus calles, oscuridades, barrios... Argelia misma, en fin, su desierto, su luz, sus estaciones, gentes, costumbres... Y... el mar.

Exámenes, convergencias y divergencias de una obra desarrollada tanto en lo personal como en la novela, el ensayo, el teatro. Géneros que Camus aborda de una manera anfibia, pasando de uno a otro para dilatar y comprender mejor una realidad, una situación, un personaje –y una ficción–.

Una reflexión, una poesía –una acción– que harán de Albert Camus uno de los autores más leídos en el mundo durante los años cuarenta y cincuenta –e, incluso, en las dos décadas posteriores–, años de publicación de sus novelas: *El extranjero*, *La peste*, *La caída*. Sus ensayos: *El mito de Sísifo*, *El hombre rebelde*. Y su teatro: *Calígula*, *El Malentendido*, *Los justos*.

Obra de resistencia, confesión y crítica, análisis de una época y una humanidad doliente que, tras dos guerras mundiales, se enfrentaba a la posibilidad de una Tercera durante la llamada "guerra fría", la escritura y vida de Albert Camus es testimonio de una pasión personal, una actitud –acción+pensamiento– ante una época en crisis que aún no ha acabado y cuya resolución o transformación, para mejor o para peor, depende tanto del esfuerzo individual como de la suma o multiplicación de esos esfuerzos, frente a todas las restas y divisiones.

Una tarea en la que quien nunca fue "extranjero" advierte en 1957, con motivo de serle concedido el Premio Nobel de Literatura, en uno de los párrafos de su intervención:

El escritor puede reencontrar el sentimiento de una comunidad viva que lo justifique, con la sola condición de que acepte lo más que pueda, las dos cargas que hacen la grandeza de su profesión: servir a la verdad y servir

a la libertad. Puesto que su vocación es reunir el mayor número posible de hombres, ella no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera sean nuestras debilidades personales, la nobleza de nuestra profesión tendrá siempre sus raíces en dos compromisos difíciles de mantener: negarse a mentir sobre lo que uno sabe y resistirse a la opresión.

Bibliografía

Camus, A., *Carnets* (mayo 1935-febrero 1942), Losada, 1963.

Camus, A., *El verano*. Edhasa, 1979.

Camus, A., *En el mar. Diario de a bordo*, incluido en la obra anterior.

Camus, A., *El revés y el derecho. Discurso de Suecia*, Losada, 1958.

Camus, A., *El Primer hombre*, Tusquets, 1994.

Lottmann, H. R., *Albert Camus*, Taurus, 1987.